

El padre Guitrel cogió entre sus venerables manos el copón y, alzándolo, dijo:

—Estoy seguro de que Nuestra Señora del Sotillo mirará complaciente esta joya, ofrecida por un alma piadosa, para el tabernáculo de su altar

—¡Pero, caramba!—dijo el señor de Brecé—. En este caso yo represento á Nuestra Señora del Sotillo. Si la señora de Bonmont y su hijo quieren venir á verme, y de fijo lo querrán, estoy obligado á recibirlos.

III

Huyendo de la repentina lluvia que las había sorprendido junto á los fosos del castillo, la señora de Bonmont y la señora de Hortha corrieron hasta el pórtico, para refugiarse bajo la bóveda achatada, en cuya clave se muestra el pavo heráldico de la familia extinguida de Paves. El señor de Terremondre y el barón de Wallstein no tardaron en alcanzarlas, y los cuatro hacían lo posible para calmar su agitación.

—¿Y el señor cura?—preguntó la señora de Bonmont.— Arturo, ¿has dejado al padre en el soto?

El barón de Wallstein contestó á su hermana que el sacerdote los seguía.

Y al poco rato vieron al padre Guitrel, empapado y tranquilo, subir los escalones de piedra. Sólo él había conservado en aquella desbandada

una perfecta dignidad, conservado la calma conveniente á su estado y á su corpulencia, mostrando anticipadamente una gravedad episcopal.

La señora de Bonmont, con los colores de sus mejillas avivados por la caminata, su hermoso pecho anhelante bajó la fina blusa, recogiendo la falda que ceñía sus caderas, con el pelo revuelto, los ojos encendidos, los labios húmedos, en su madurez de Erigona vienesa, daba la idea deliciosa de un racimo de uvas maduro y dorado.

Con voz un poco gruesa y menos suave que su boca, preguntó:

—¿Está usted muy mojado, señor cura?

El padre Guitrel retiró su sombrero, cuyo pelo empolvado jaspeaba de negro la lluvia, paseó la mirada de sus ojos grises sobre el grupo, aún anhelante, que había huído al sentir caer cuatro gotas, y dijo, no sin una suave malicia:

—Estoy mojado, pero no me ahogo.

Y luego añadió:

—Una mojadura inofensiva. El agua no me ha calado la ropa.

—Subamos—dijo la señora de Bonmont.

Estaba en su casa, en aquel castillo de Montil que Bernardo de Paves, general de artillería, había mandado construir en 1508 para Nicolette de Vaucelles, su cuarta mujer.

«La casa de Paves floreció durante novecientos años—dice Perrin del Verdier en el primer libro de su *Tesoro de genealogías*—, y en dicha casa

se aliaron todas las familias soberanas de Europa, sobre todo los reyes de España, de Inglaterra, de Sicilia y de Jerusalén, los duques de Bretaña, de Alençon, de Vendôme y otros, é igualmente los Ursinos, los Colonna, los Cornard.» Y Perrin del Verdier se extiende con mucha complacencia en las ilustraciones de aquella «tan insigne casa», que dió á la iglesia diez y ocho cardenales y dos papas, á la corona de Francia tres condestables y seis mariscales, y al rey una querida.

En la tierra de Montil habían residido, desde el reinado de Luis XII hasta la Revolución, los jefes de la rama del primogénito de Paves, extinguida en 1795 en la persona de Felipe VIII, príncipe de Paves, señor de Montil, Toché, los Puentes, Rougeain, la Victoria, Berlogne, etc., etc.; primer gentilhombre del rey, muerto en Londres, á donde había emigrado y se había establecido como peluquero en una barraca de White-Cross-Street: sus tierras, que había dejado incultas en vida, fueron en la época del Directorio vendidas como bienes nacionales y adjudicadas en varios lotes á campesinos que se convirtieron en burgueses. El partido negro, que había adquirido el castillo por un puñado de plata, comenzó á derribarlo en 1813. Pero los trabajos, interrumpidos después de la destrucción de la galería de los Faunos, no volvieron á empezarse de nuevo. Durante dos años las gentes de las cercanías quitaron los plomos de los tejados. En 1815 el señor de Reu, antiguo oficial de la marina del rey, agente se-

creto del conde de Provenza en Holanda, cómplice, según dicen, de Jorge en el atentado de la calle de San Nicasio, deseoso de acabar su vida en su país natal, compró por algunos cientos de escudos arrancados al príncipe ingrato, aquellos muros ruinosos donde ocultó su indigencia hurañá, y poco faltó para que se cayeran sobre él y sobre once de sus hijos, entre bastardos y legítimos. Después de su muerte, su hija, una solterona, permaneció allí, poniendo á secar ciruelas en los salones de gloria y esplendor. En 1875, una mañana de invierno, la señorita de Reu, de noventa y nueve años y tres meses de edad, fué encontrada muerta sobre un jergón podrido, en el cuarto cubierto de divisas y emblemas consagrados á Nicolette de Vaucelles.

En aquella época el barón Julio de Bonmont, hijo de Nathan, hijo de Seligman, hijo de Simón, venido de Austria, donde había negociado los empréstitos del desgraciado Imperio, establecía en Francia el centro de sus operaciones. Aportaba á la República el concurso de su genio emprendedor. Entre los miembros del Parlamento llamados á comprenderle y estimarle, hallábase el señor Laprat-Teulet, que representando entonces en la Cámara el distrito de Montil, fué uno de sus primeros y de sus más constantes auxiliares. Descubrió en seguida que después de la época de los preliminares y las horas de lucha, había llegado el tiempo de los grandes negocios. Consagró sus ardientes simpatías y su desinterés al afanoso

barón, el cual decía satisfecho: «Ese Laprat-Teulet es un mozo inteligente.»

Aconsejado por Laprat-Teulet, el barón Julio compró el castillo de Montil. Era una ruina augusta y encantadora, que se podía sostener y conservar. El barón confió la restauración al señor Quatrebarbe, discípulo de Viollet-le-Duc, arquitecto de la diócesis, quien substituyó todas las piedras viejas por piedras nuevas. Y en aquella reciente construcción, el barón, muy admirado entre los hombres políticos por su gusto y arte, instaló cuidadosamente sus cuadros, muebles y armas de riqueza fastuosa. De este modo el castillo de Montil, según la expresión del señor Terremondre, fué conservado á los admiradores de nuestro arte nacional, y transformado en un maravilloso museo por los cuidados y la magnificencia de un gran señor con alma de artista.

El barón disfrutó muy poco y no saboreó mucho tiempo el orgullo de Montil y de sus torres guarnecidas con medallones, de su afilegranada escalera recamada y de sus salones con admirables tallados. Después de llegar en sus negocios al período álgido, cayó víctima de un ataque de apoplejía la víspera de los desquiciamientos y de los escándalos. Murió siendo muy rico y dejando una viuda, risueña y radiante y un niño de poca edad, que se le parecía por su cuerpo rechoncho, su frente de buey y su alma implacable. La señora de Bonmont había conservado Montil donde era dichosa.

Hizo subir á la señora de Hortha por la escalera de caracol, en cuyas filigranas de piedra se repetía, con una profusión enorme, el pavo real de Bernardo de Paves, atado por una pata al laúd de Nicolette de Vaucelles. Se recogió el vestido con ademán un poco brusco, que no estaba exento de encanto, y se internó en la estrecha espiral. El señor de Terremondre, presidente de la Sociedad de Arqueología y en otros tiempos hombre de aventuras felices, subía detrás de ella, siguiendo con la mirada los movimientos de sus formas atractivas.

A los cuarenta años conservaba todavía el deseo y los recursos de agradar. El señor de Terremondre la estimaba porque era un hombre honrado. Pero no hizo la menor intentona, sabiéndola profundamente apasionada por Raul Marcien, hombre gallardo, irascible y desatento.

La señora de Bonmont dijo, abriendo la puerta:

—Entremos en la sala de armas que está templada por caloríferos de vapor.

En efecto, la calefacción de la sala de armas se hacía por medio de un calorífero de agua evaporizada, cuyas bocas de cobre, conductoras del vapor, asomaban entre los azulejos dibujados por el señor Quatrebarbe.

La señora de Bonmont tuvo buen cuidado de colocar junto á una de las bocas del calorífero al padre Guitrel, y de preguntarle afectuosamente si llevaba calzado impermeable y si aceptaría un vaso de ponche.

Aquella sala inmensa brillaba bajo una bóveda que contenía más hierro que la Armería de Madrid. El agiotista había formado, á fuerza de dinero, una colección de armas superior á la del mismo Spitger. Los tres siglos de la armadura de combate figuraban en ella bajo las formas que se han usado en todos los países de Europa. Sobre la monumental chimenea, sostenida por dos cazadores brabantinos, se alzaba de perfil una armadura de *condotieri* montando otra de corcel, con la testera, la muserola, barda de crines y barda de pecho, la malla y el guardacola.

De arriba abajo las paredes estaban cubiertas de panoplias deslumbradoras, cascos, cazoletas, almetes, celadas, morriones, burguñones, yelmos, cotas de malla, lorigas, grebas, espuelas. En torno de los broqueles, de los paves y targes, resplandecían flambergus, pertesanas, horcejas, bisarmas, montantes, estoques, puñales y dagas. Al pie de los muros, todo alrededor de la sala, había fantasmas revestidos de hierro ennegrecido, de hierro pulido, de hierro labrado, cincelado, adamascado; los maximilianos de corazas acanaladas y abullonadas armaduras de tonelete; el polichinela de Enrique III, el cangrejo de Luis XIII, trajes de guerra que usaron príncipes franceses, españoles, italianos, alemanes, ingleses; caballeros, capitanes, sargentos, ballesteros, soldados de caballería y suizos; adornos de acero que figuraron en el Campo del Tisú de Oro, en los torneos de Francia, Inglaterra y Alemania; armaduras de

Poitiers, de Verneuil, de Granson, de Fornone, de Cerisolles, de Pavía, de Rabenna, de Pultava, de Culloden; nobles ó mercenarias, cortesés ó rebeldes, victoriosas ó vencidas, amigas ó enemigas, todas reunidas allí por el barón.

*
* *

Después de comer, la señora de Bonmont, al servir el café, no ofreció azúcar al padre Guitrel, que tenía costumbre de tomarla, y se la ofreció, en cambio, al barón de Wallstein, que era diabético y seguía un régimen severo. Se condujo de esta manera, no por malicia, sino porque su alma estaba distraída en los pensamientos que la turbaban. Su disgusto, que no supo disfrazar, pues no era disimulada, se lo había ocasionado un telegrama enviado desde París, y cuyo texto contenía un doble sentido: uno, literal y despreciable, claro para todo el mundo, mencionando un retraso de algún envío de...; el otro, espiritual y verdadero, comprensible para ella sola, para ella doloroso, haciéndola saber que su amigo no iría á Montil y que en París tenía grandes apuros.

Generalmente Raul Marcien necesitaba mucho dinero. Desde hacía quince años, es decir, desde su mayor edad, se sostenía en el mundo á fuerza de ingenio y de audacia. Pero aquel año las dificultades de su posición aumentaban y eran espantosas. Todo esto ocasionaba gran pena é inquietud á la señora de Bonmont, pues quería á

Raul. Le quería tiernamente, con toda su alma y toda su carne.

—¿Dos terrones, señor de Terremondre?

Le quería á su Raul, su *Rara*, con toda la dulzura de su alma serena. Le agradeciera que fuese tierno y fiel, inocente y soñador. Pero nunca fué tal como ella le deseaba, y esto la hacía sufrir. Temiendo perderle, mandaba encender cirios en la capilla de San Antonio.

El señor de Terremondre, como persona entendida, examinaba los cuadros. Eran pinturas de la escuela moderna: de Daubignys, de Theodoro Rousseau, Julio Dupré, Chintreuil, Díaz, Corot; estanques melancólicos, lindes de bosques profundos, praderas húmedas, calles de aldeas, calveros inundados por el oro del sol poniente, sauces sumergidos en los blancos vapores de la mañana, lienzos plateados, verdes, azules ó grises, que en sus macizos marcos de oro, sobre una tapicería de damasco encarnado, no formaban un conjunto muy armónico con la monumental chimenea estilo Renacimiento, donde los amores de las ninfas y las metamorfosis de los dioses estaban esculpidos. Aquellos lienzos desdecían un poco del maravilloso techo antiguo, cuyos pintados artesones repetían, con una diversidad infinita, el pavo real de Bernardo de Paves atado por una pata al laúd de Nicolette de Vaucelles.

—¡Un hermoso Millet!—exclamó el señor de Terremondre ante una guardesa de patos que se

destacaba, con una terrible solemnidad rústica, bajo un cielo de oro pálido.

—Es un cuadro muy bonito—contestó el barón de Wallstein—. Tengo la pareja en Viena. Pero el mío representa un pastor. No sé cuánto ha pagado mi cuñado por éste.

Y con la taza en la mano se paseaba por la galería.

—Este Julio Dupré le costó á mi cuñado cincuenta mil francos; este Teodoro Rousseau, sesenta mil; este Corot, ciento cincuenta mil.

—Conozco las opiniones del barón respecto á la pintura—dijo el señor de Terremondre, que seguía á Wallstein á lo largo de las paredes—. Un día que bajaba yo la escalera del hotel de Ventas con un cuadrito pequeño debajo del brazo, el barón me tiró por la manga, según su costumbre, y me dijo: «¿Qué lleva usted ahí?» Yo, con el orgullo de un aficionado feliz, le contesté: «Un Ruisdaël, señor de Bonmont, un Ruisdaël auténtico. Ha sido grabado, y precisamente tengo el grabado en mi cartera.» «¿Cuánto ha pagado usted por su Ruisdaël?» «Estaba en una sala del cuarto bajo. El perito no sabía lo que vendía... ¡Treinta francos.» «¡Tanto peor! ¡Tanto peor!» Al ver mi sorpresa, tirándome de la manga, me dijo: «Mi querido Terremondre, era menester haber pagado por esta obra diez mil francos, y ahora, en su poder, valdría treinta mil. Pero un cuadrito, que le cuesta á usted treinta francos, ¿qué precio alcanzará en su venta? Veinticinco luises á lo sumo.

Hay que ser razonable. Una mercancía no puede subir de un salto de treinta francos á treinta mil. ¡Ah—dijo el señor de Terremondre—era inteligente el barón!

—Era inteligente—contestó Wallstein—. Y le gustaban las burlas.

Los dos conversadores, con sus tazas en la mano, levantaron la cabeza y vieron aquel barón que tan inteligente había sido en vida. Estaba allí, alzando, en medio de los paisajes costosos, en un cuadro resplandeciente, su maliciosa cabeza de jabalí, pintada por Delaunay.

La señora de Bonmont y el padre Guitrel, sentados uno frente á otro ante el fuego de la grandiosa chimenea, cambiaban algunas palabras sobre el tiempo y meditaban. La señora de Bonmont pensaba que su vida hubiera sido muy dulce si *Rara* se lo hubiese propuesto. ¡Le quería con tanta inocencia y sencillez! Todos los moralistas antiguos y modernos, todos los padres de la Iglesia, los doctores, los teólogos, el padre Guitrel y monseñor Charlot, el papa y los concilios, el arcángel de la trompeta atronadora, y Cristo, descendiendo en su aureola de gloria para juzgar á los vivos y los muertos, no hubieran conseguido convencerla de que hacía mal en querer á *Rara*. Pensaba que no le vería en Montil y que quizá en aquel mismo momento la estaba engañando. Sabía que frecuentaba las mozas casi tanto como los escribanos, y le había visto en las carreras con mujeres galantes, á quienes dirigía miradas tur-

badoras al darlas los gemelos ó ponerlas el abrigo. El pobre amigo no podía librarse de una multitud de personas molestas que le retenían por razones que no eran fáciles de comprender cuando las explicaba. Sentíase desdichada y suspiró.

El padre Guitrel pensaba en el obispado de Tourcoing. Su rival, el padre Lantaigne, estaba vencido; sumergíase en las ruinas del Seminario, bajo las demandas del carnicero Lafolie. Pero los competidores para la sucesión de monseñor Ducloou eran numerosos. El primer vicario de una de las parroquias de París y un cura de Lyon parecían ser agradables al Ministerio. La nunciatura permanecía en su acostumbrada reserva. El padre Guitrel suspiró.

Al oír este suspiro, la señora de Bonmont, que era muy bondadosa, se reprochó sus pensamientos egoístas. Se esforzó en interesarse por los asuntos del padre Guitrel y le preguntó muy afectuosamente si sería pronto obispo.

—Si le ceden la vacante de Tourcoing, ¿no se aburrirá usted mucho en aquel pueblecito?

El sacerdote la aseguró que el gobierno de los fieles ocuparía por completo á su pastor, y que la diócesis de Tourcoing era una de las más antiguas y más extensas de la Galia septentrional.

—Es la sede del bienaventurado Loup, apóstol de Flandes.

—¿De veras?—dijo la señora de Bonmont.

—Es menester—prosiguió el padre Guitrel—, no confundir San Loup, apóstol de Flandes, con

San Loup, obispo de Lyon, San Leu ó Loup, obispo de Sens, y San Loup, obispo de Troyes. Este estaba casado, hacía siete años, con la hermana del obispo de Arlés, llamada Pimentola, cuando se separó de ella para entregarse, en la soledad de Lerins, á las privaciones de una devoción ascética.

Y la señora de Bonmont pensaba:

—Habría perdido una gran cantidad en el juego. Por una parte sería mejor para él, pues desde hace algún tiempo ganaba demasiado, y en el círculo no querían que tallara. Pero, por otra parte, sería muy desagradable tener que pagar.

Para la señora de Bonmont era una contrariedad tener que pagar las deudas de *Rara*: primero, porque pagar la desagradaba siempre, y segundo, porque no la gustaba adelantar dinero á *Rara*, tanto por delicadeza como por la inquietud que la ocasionaba luego suponer que no la quería por sí misma. Pero pensaba que no tendría más remedio que ceder cuando viera á *Rara*, sombrío y terrible, aplicarse una servilleta mojada sobre su cráneo humeante, que comenzaba á relucirle entre el pelo escaso, y cuando oyera al pobre amigo exclamar, entre blasfemias é imprecaciones horribles, que no le quedaba más recurso que saltarse el cráneo. Era un hombre de honor *Rara*. Vivía del honor; testigo, árbitro: era su profesión desde que había dejado el ejército. En un cierto mundo muy distinguido no había un duelo sin él; y ella reflexionaba que tendría que pagar una vez

más. ¡Si al menos fuera del todo suyo, tierno y asiduo! Pero, siempre agitado, furioso, huraño: parecía vivir batallando.

—El santo de que se trata, señora baronesa— dijo el padre Guitrel—, el bienaventurado Loup ó Lupus, evangelizó Flandes. Los trabajos de su apostolado eran á menudo penosos. Se encuentra en su biografía un rasgo que la conmoverá por su gracia inocente. Un día que atravesaba los campos cubiertos de nieve, el bienaventurado se detuvo para calentarse en la casa de un senador. Este, que se hallaba muy divertido con algunos compañeros, sostuvo delante del apóstol una conversación deshonesta. Loup intentó atajar aquellos atrevimientos. «Hijos míos, les dijo al senador y á sus huéspedes, ¿no sabéis que el día del juicio tendréis que dar cuenta de toda palabra vana?» Pero ellos, despreciando las exhortaciones del santo varón, redoblaron sus frases de indecencia é impiedad. Entonces el bienaventurado, sacudiéndose el polvo de los zapatos, les dijo: «He querido calentar mi fatigado cuerpo en vuestro fuego. Pero vuestros culpables discursos me obligan á alejarme estando helado todavía.»

La señora de Bonmont pensaba con tristeza que desde hacía algún tiempo *Rara* no cesaba de rechinar los dientes y volvía los ojos con furia amenazando de muerte á los judíos. *Rara* siempre había sido antisemita. Ella también lo era, pero prefería que no se suscitara esa cuestión, y opinaba que, puesto que *Rara* amaba á una señora

católica, pero de origen judío, hacía mal en decir que quería reventar á todos los israelitas. Esto también la entristecía. La hubiera gustado más dulzura y simpatía, designios más tranquilos y deseos más amables. Ella mezclaba con sus pensamientos de amor sueños inocentes de pastelería y poesía.

—El apostolado del bienaventurado Loup—dijo el padre Guitrel—produjo sus frutos. Los habitantes de Tourcoing que habían sido bautizados por él, le nombraron por aclamación su obispo. Su muerte fué acompañada de circunstancias que la llamarán la atención, estoy seguro, señora baronesa. Un día del mes de Diciembre del año 391, San Loup, cargado de méritos y de achaques, se dirigió hacia un árbol rodeado de espinas, donde tenía costumbre de hacer sus oraciones; una vez allí, clavando dos palos en la tierra, señaló un sitio del largo de su cuerpo y dijo á los discípulos á quienes había invitado á que le siguieran: «Cuando, por la voluntad de Dios, haya salido del destierro de este mundo, es aquí donde han de enterrarme.»

»San Loup murió el domingo siguiente del día en que había marcado la cama de su reposo. Se cumplió su voluntad, y Blandus fué á exhumar el cuerpo del bienaventurado, á quien sucedió en la sede episcopal de Tourcoing.»

La señora de Bonmont estaba triste y llena de indulgencia. Adivinaba la razón de los furros antisemitas de *Rara*, y los disculpaba. En aque-

llos últimos tiempos, *Rara*, para rehacerse una buena reputación y mantenerse en postura de un hombre honrado, había tomado abiertamente en el Círculo la defensa del ejército, al cual perteneció en otro tiempo como oficial de caballería. Había estrechado fuertemente los lazos que le unían á la gran familia. Abofeteó á un judío que pedía en un café *El Anuario Militar*.

La señora de Bonmont le quería y le admiraba, pero no era feliz.

Levantando la cabeza, abrió de par en par sus hermosos ojos, como flores, y dijo:

—La sede del bienaventurado Loup, apóstol de... Continúe usted, padre, que me interesa mucho.

La señora de Bonmont estaba destinada á buscar las dulzuras de un amor tranquilo en almas poco dispuestas á ofrecérselo. Aquella sentimental Isabel había entregado siempre su corazón á terribles aventureros. En vida del barón había querido tiernamente al hijo de un insignificante senador, el joven X..., famoso por haber malversado él solo los fondos secretos de un Ministerio durante un año. Depositó en seguida toda su confianza en un hombre muy seductor, que brillaba en primera fila de la prensa gubernamental, y que desapareció de pronto en una inmensa catástrofe financiera. Estos, al menos, procedían, por decirlo así, de las relaciones del propio barón. No se puede condenar á una mujer por tener algún desliz entre los suyos. Pero al nuevo, al último,

al preferido, al único, á Raul Marcien, no lo había conocido entre amigos del barón. No pertenecía al mundo de los negocios. Le había encontrado en la mejor sociedad francesa, en una provincia, en un centro casi monárquico y casi religioso. El mismo era casi un aristócrata. Creyó poder al fin satisfacer su ansia de ternura y de intimidad delicada, poseer un amigo caballeroso, de sentimientos nobles y dulces: realizar su ensueño.

Y resultaba para ella igual que los otros; frío, arrebatado por los espantos y los furores, desgarrado por las angustias, agitado por las extrañas maravillas de una vida de estafas y de engaños. Pero ¡cuánto más pintoresco y cuánto más divertido que los demás! Testigo en un grave y delicado lance mientras le ejecutan en el círculo, aquella misma mañana le nombran caballero de la legión de honor y le llaman al despacho del juez de instrucción para responder de una querrela de abuso de confianza... Pero él se mostraba siempre erguido, con el bigote flameante, dispuesto á defender su honor con la punta de la espada. Sólo desde algunos meses atrás iba perdiendo su serenidad; hablaba demasiado alto, se agitaba mucho, se comprometía por deseo de venganza, pues, en su opinión, le traicionaban.

Isabel veía con inquietud que las cóleras de *Rara* eran cada día más violentas. Cuando ella iba á su casa por las mañanas, le encontraba en mangas de camisa, hundido hasta el cuello en su vieja maleta de militar, llena de papel de oficio, con

la cabeza congestionada, jurando, maldiciendo, vociferando: «¡Pillos, canallas, bribones, miserables!», anunciando que se oiría hablar de él y que sucederían muchas cosas graves. Entre tales imprecaciones atrapaba un beso. La despedía siempre con el anuncio perpetuo de que se iba á pegar un tiro.

¡No, no era así como Isabel imaginaba el amor! —¿Decía usted, señor cura, que el bienaventurado Loup?...

Pero el padre Guitrel, con la cabeza inclinada sobre el hombro y las manos cruzadas sobre el pecho, habíase dormido en su sillón.

Y la señora de Bonmont, tan dulce consigo misma como con los demás, se durmió en su butaca pensando que *Rara* vería el fin de sus apuros, que tal vez sólo tuviera que darle algún dinero y que, después de todo, era amada por el más hermoso de los hombres.

—Querida amiga, querida amiga—exclamó con su voz de cuerno de caza y con un acento capaz de aterrar á los turcos, la europea señora de Hortha—, querida amiga, ¿no veremos por aquí esta noche á Ernesto?

Hablaba en pie; sus rasgos acentuados la daban cierta semejanza á una virgen guerrera olvidada durante veinte años en un foso del teatro de Bayreuth; terrible, ceñida y revestida de azabache y acero, de resplandores, reflejos y ruidos, en el fondo era una señora muy buena y madre de muchos hijos.

Despertándose sobresaltada por aquella trompetería alarmante que resonaba en la garganta de la señora de Hortha, la baronesa respondió que habiendo conseguido su hijo un permiso como convaleciente, debía llegar aquella misma noche á Montil. El coche había ido á esperarle á la estación.

El padre Guitrel, sintiendo su sueño interrumpido por aquella charanga nocturna, se ajustó las gafas y, pasándose la lengua por los labios para darles la unción necesaria, murmuró con una dulzura célica:

—Si; Loup... Loup...

—¿De modo—dijo la señora de Bonmont—que llevará usted la mitra, sostendrá usted el báculo y se pondrá usted en el dedo un gran anillo?

—No lo sé todavía, señora—dijo el padre Guitrel.

—¡Sí, sí! Le nombrarán á usted.

E inclinándose hacia el sacerdote, le preguntó en voz baja:

—Señor cura, ¿tienen una forma particular los anillos de los obispos?

—No la tienen, señora—respondió Guitrel—. El obispo lleva el anillo como símbolo de su sacramiento espiritual con la Iglesia. Y por lo tanto, es conveniente que este anillo exprese en cierto modo, por su aspecto, ideas de pureza y austeridad.

—¡Ah!—dijo la señora de Bonmont—. ¿Y la piedra?...

—En la Edad Media, señora baronesa, el cha-tón era á veces de oro, como el anillo, ó bien una piedra preciosa. La amatista es una piedra muy conveniente, al parecer, para adornar el anillo pastoral. Por eso la llaman piedra de obispo. Brilla con un resplandor moderado. Era una de las doce piedras que componían el pectoral del gran sacerdote de los judíos. Expresa, en el simbolismo cristiano, la modestia y la humildad. Narbode, obispo de Rennes en el siglo XI, la hace emblema de los corazones que se crucifican sobre la cruz de Jesucristo.

—¿De verdad?—dijo la señora de Bonmont.

Y resolvió ofrecer al padre Guitrel, cuando le nombraran obispo, un anillo pastoral con una gran amatista.

Pero los trompeteos de la señora de Hortha resonaron de nuevo:

—Querida amiga, querida amiga, ¿no veremos hoy á Raul Marcien? ¿No le veremos?

Era preciso admirarse de que la dama europea, conociendo todas las sociedades del globo, no las confundiera más en su cabeza. Su cerebro contenía el resumen de los salones de todas las capitales y no carecía de un cierto sentido mundano; su amabilidad era universal. Si había nombrado á Raul, era con absoluta inocencia. Ella era la inocencia misma. Ignoraba el mal. Buena esposa y buena madre, teniendo por hogar un *sleeping-car* ó *wagon-lit* de las vías férreas, era una mujer casera. Bajo su chaqueta, en la cual el azabache y

el acero desprendían reflejos con un ruido de granizo, llevaba un corsé de grueso lienzo gris. Sus doncellas no dudaban de su virtud.

—Querida amiga, ¿sabe usted que Raul Marcien se ha batido con Isidoro Mayer?

Y en su lenguaje de oficina internacional, de agencia para viajeros, refirió el asunto, que la señora de Bonmont conocía muy bien. Dijo cómo Isidoro Mayer, un israelita muy estimado en el mundo financiero, entró una mañana en un café del bulevar de los Capuchinos y, sentándose en una mesa, pidió *El Anuario Militar*. Teniendo un hijo en el ejército, quería saber los nombres de los oficiales que pertenecían al regimiento de su hijo. Extendía la mano para coger el *Anuario* que le presentaba el mozo, cuando Raul Marcien se acercó a él, diciéndole:

«—Caballero, le prohíbo á usted que toque al libro de oro del ejército francés.

»—¿Por qué?—preguntó Isidoro Mayer.

»—Porque es usted un correligionario del traidor.»

Isidoro Mayer encogióse de hombros, y Raul Marcien le dió una bofetada. Se juzgó necesario un encuentro, y se cambiaron dos balas sin ninguna consecuencia.

—Querida amiga, querida amiga, ¿comprende usted? Yo no lo comprendo.

La señora de Bonmont nada contestó, y su silencio fué reforzado por el del señor de Terremondre y del barón de Wallstein.

—Me parece—dijo después la señora de Bonmont prestando oído á un rumor de ruedas y caballos—, me parece que llega Ernesto.

Habiendo entrado un sirviente los periódicos, el señor de Terremondre desdobló uno de ellos y le recorrió con mirada distraída.

—Aun hablan del Proceso—dijo—. Aun más profesores que protestan. ¿Qué afán tienen de ocuparse de aquello que no les incumbe? Es muy justo que los militares arreglen sus cuentas entre sí; esa es la costumbre. Y me parece que cuando siete oficiales...

—Seguramente—dijo el padre Guitrel—, cuando siete oficiales han sentenciado, es temerario, diré que hasta inconveniente, poner en duda su decisión. Es una indecencia, una monstruosidad.

—¿Habla usted del Proceso?—preguntó la señora de Bonmont—. Pues bien, yo puedo afirmar que Dreyfus es culpable. Lo sé por una persona muy bien informada.

Al decir esto enrojeció, pues aquella persona era Raul.

Ernesto, cazarro y desagradable, entró en el salón.

—¡Buenas tardes, mamá! ¡Buenas tardes, señor cura!

Apenas saludó á los demás y fué á sentarse entre almohadones bajo el retrato de su padre. Se le parecía mucho. Era el barón, pero disminuido, insulso; el jabalí amenguado, paliducho, blando. Sin embargo, el parecido era verdadera-

mente asombroso; el señor de Terremondre hizo la observación.

—Es extraordinario, señor de Bonmont, cómo se parece usted al retrato de su padre.

Ernesto levantó la cabeza y miró con el rabo del ojo el lienzo de Delaunay.

—¡Ah, papá! ¡Muy inteligente, papá! Yo también soy inteligente, pero desalentado. ¿Qué tal, padre Guitrel? ¿Somos buenos amigos, verdad? Luego le pediré un poco de conversación.

Y volviéndose al señor de Terremondre, que tenía un periódico en la mano, prosiguió:

—¿Qué se dice? Usted comprenderá que nosotros, en el regimiento, no tenemos los medios de pagarnos una opinión. Es un lujo de burgués el tener una idea acerca de una cosa, aunque sea una idea estúpida. Y luego, los asuntos que interesan á los jefes, ¿en qué pueden interesar á los soldados, Dios mío?

Se burlaba. Se divertía escandalosamente en el cuartel. Muy listo, sin parecerlo, silencioso, prudente, solapado, disfrutaba del prodigioso poder desmoralizador que llevaba consigo. Su goce principal consistía en despreciar y aborrecer á sus superiores; viendo á algunos, dominados por la codicia, venderle su alma; y á otros, timoratos, negarle, por miedo á comprometerse, no un favor, sino hasta dejarle disfrutar algún derecho que no fué jamás negado al hijo de un campesino.

El joven Ernesto de Bonmont fué, cazurro y mimoso, á sentarse junto al padre Guitrel.

—Señor cura, ¿ve usted con frecuencia á los Brecé? Tiene usted con ellos mucha intimidad, ¿no es cierto?

—No crea usted, hijo mío—respondió el padre Guitrel—, que yo tenga intimidad con el duque de Brecé. No es así. Tengo ocasión de verle cuando visito á su familia. Voy algunos días de fiesta á decir misa en la capilla de Nuestra Señora del Sotillo, situada, como usted sabe, en el bosque de Brecé. Es, para mí (se lo dije hace un momento á su madre de usted), una fuente de consuelos y de venturas. Después de la misa me desayuno, bien sea en el presbiterio, en casa del cura Travies, ó en el castillo, donde me dispensan, debo decirlo, muy afectuosa acogida. El duque es en sus modales de una sencillez extraordinaria; las señoras de Brecé son afables y bondadosas. Hacen mucho bien en la comarca, y harían más aún si las prevenciones injustificadas, los odios ciegos, las malas voluntades de los vecindarios...

—¿Sabe usted, padre, qué efecto ha producido el utensilio que mamá ha enviado á la duquesa para la capilla de Nuestra Señora del Sotillo?

—¿A qué utensilio alude? ¿Habla usted, hijo mío, del copón de plata dorada? Puedo asegurarle que el señor y la señora de Brecé han agradecido este homenaje hecho por su mamá con tanta sencillez á la Virgen milagrosa.

—¿Entonces ha sido una buena idea, señor cura? Pues ha sido mía. Ya sabe usted que mamá no tiene muchas ideas... ¡Oh! No se lo reprocho...

Pero hablemos con seriedad. Me quiere usted bien, ¿verdad, señor cura?

El padre Guitrel cogió entre sus dos manos la diestra del joven Bonmont:

—Hijo mío, no dude nunca de mi cariño hacia usted: es paternal; mejor diría que es maternal, para expresar lo que contiene, á la vez, de fuerza y dulzura. No le he perdido de vista, querido Ernesto, desde el día ya lejano en que hizo usted una primera comunión muy edificante, hasta el momento en que cumple su noble deber de soldado del ejército francés. Y tengo la convicción, de que entre todas las distracciones y los extravíos de su edad, ha conservado usted la fe. Los actos lo atestiguan. No ignoro que siempre ha sido para usted un honor contribuir á nuestras obras. Es usted mi hijo predilecto.

—Pues bien, señor cura: haga usted un favor á su hijo. Diga usted al duque de Brecé que me conceda el botón.

—¿El botón?

—El botón del equipo.

—¿El botón del equipo? Pero, hijo mío, ese es un asunto de caza; yo no soy, como el padre Travies, un gran cazador delante del Eterno. Practico á Santo Tomás mucho más que á San Huberto. ¡El botón del equipo! ¿No será una expresión figurada, una metáfora para expresar la idea de una cacería? En fin, hijo mío, ¿desea usted que le inviten á las cacerías del señor de Brecé?

El joven Bonmont exclamó:

—No confundamos, señor cura. La verdad... ¡Oh! No es eso. Una invitación... Estoy seguro de recibir una para las cacerías de Brecé á cambio del utensilio.

—Del copón, copón, *ciborium*. Opino también, hijo mío, que el duque y la duquesa tendrán una satisfacción grande en enviarle una invitación cuando crean que, haciéndolo así, son agradables á usted y á su señora madre.

—Lo creo. Desde el momento en que han conservado la alhaja... Pero puede usted decirles que no me encantaré su invitación. Enmohecerse en una encrucijada desde donde no se ve gran cosa, recibir salpicaduras de barro en la cara, y dejarse atropellar por un montero que recorre una pista, es en verdad una clase de distracción de que no me siento ávido. Los Brecé pueden guardarse su invitación.

—En ese caso, no comprendo bien su pensamiento, hijo mío.

—Sin embargo, mi pensamiento es bien claro, señor cura. No quiero que los Brecé se burlen de mí: ese es mi pensamiento.

—Explíquese usted, se lo ruego.

—Pues bien, señor cura; imagínese usted que me colocan en la Encrucijada del Rey con el médico del pueblo, la mujer del capitán de gendarmes y el pasante del notario Irvoy. No, no es admisible. Mientras que, si tengo el botón, cazo con el equipo. Y ya verán entonces, aun cuando mi aspecto es á veces un poco lánguido, si no soy un

caballero que arrea de firme. El botón, usted puede procurármelo, señor cura. Los Brecé no se lo negarán. No tiene usted más que pedirlo en nombre de Nuestra Señora del Sotillo.

—Hijo mío, le ruego que no mezcle en este asunto, que no es de los que la interesan, á Nuestra Señora del Sotillo. La Virgen milagrosa de Brecé está bastante ocupada concediendo gracias á las viudas, huérfanos, y á nuestros soldados de Madagascar. Pero ¿tiene alguna ventaja muy grande poseer el botón? ¿Es un talismán tan precioso? Sin duda á su posesión están ligados privilegios singulares. Quisiera conocerlos. Yo no desdeño el antiguo y muy noble arte de la caza. Pertenezco al clero de una diócesis eminentemente cinegética. Deseo instruirme.

—Se burla de mí, padre Guitrel; se divierte usted conmigo, señor cura. Ya sabe usted que el botón dá derecho á lucir el traje con los colores del equipo. Le voy á usted á hablar con el corazón en la mano. Soy franco: porque puedo serlo. Ansío el botón de Brecé porque tenerlo es elegante y me gusta la elegancia; lo quiero por *snobismo*, soy *snob*. Por vanidad, soy vanidoso. Lo quiero porque me halagará comer el día de San Huberto con los Brecé. ¡Creo que me iría bien el botón de los Brecé! Tengo muchas ganas de alcazarlo, no lo oculto. No siento falsa vergüenza... ni verdadera tampoco; además... Escúcheme, padre: sepa usted que pidiendo el botón al duque de Brecé no hará usted sino reclamar lo

que me es debido... Perfectamente... lo que me es debido. Poseo hacienda en su territorio. No mato ciervos; dejo que pasen por mis propiedades y que se mantengan á mi costa; este proceder merece consideraciones y agradecimiento. El señor de Brecé le debe el botón á su vecinito Ernesto.

El sacerdote nada respondió. Visiblemente resistía y se negaba. El joven Bonmont repuso:

—No tengo necesidad de decirle que en el caso de que los Brecé quisieran cobrar el botón, no sería el precio lo que me detuviera.

El padre Guitrel hizo un gesto de protesta.

—Deseche usted semejante hipótesis, hijo mío. Eso no encaja en el carácter del señor duque de Brecé.

—Posible, señor cura. Botón gratuito; botón pagado; eso depende de los medios y de las ideas. Hay equipos que le cuestan á su propietario ochenta mil francos anuales; los hay que producen á los suyos, treinta mil libras de renta. Lo que yo digo no es criticar á quienes los cobran. Personalmente estaría con preferencia dispuesto á hacerlo así. Encuentro que es justo. Hay regiones donde las cargas son tan costosas, que el propietario, aun siendo rico, no puede por sí solo pagar todos los gastos. Figúrese usted, señor cura, que tiene usted un cazadero en las afueras de París. ¿Comprende usted lo que significaría hacer frente á todos los gastos, pagando de su bolsillo las indemnizaciones ruinosas exigidas por los campesinos?

Pero opino, como usted, que el botón de Brecé no es de los que se compran. El duque no tiene carácter para labrarse una renta con su equipo. Pues bien: me conseguirá usted el botón gratis, señor cura; todo es así beneficio.

Antes de contestar, el padre Guitrel dió siete vueltas á su lengua en la boca. Este signo de prudencia no dejó de intranquilizar al joven Bonmont.

Al fin pronunció suavemente:

—Hijo mío: lo dije ya; pero me complace repetirle: le quiero tiernamente. Quiero serle útil, ó por lo menos, agradable. Aprovecharé siempre con afán todas las ocasiones de servirle. Pero verdaderamente no tengo personalidad para solicitar en su favor la distinción mundana que ahora desea. Piense usted que si el duque de Brecé, después de haberme oído, pusiera alguna dificultad, yo me vería en su presencia sin prestigio y sin armas. ¿Qué medios tiene un pobre profesor de elocuencia del Seminario, para vencer obstáculos, allanar dificultades, convencer, por decirlo así, á viva fuerza? Nada hay en mí que hable y se imponga á los grandes señores del mundo. No puedo, no debo, ni aun en una ocasión fútil como ésta, encargarme de una causa para cuyo éxito me faltan recursos.

El joven Bonmont contempló al padre Guitrel, sorprendido y admirado, diciéndole:

—Lo comprendo, señor cura. No es posible en este momento. Pero cuando sea usted obispo,

conseguirá usted lo que le pido sin la menor dificultad... ¡Seguro!

—Es probable—contestó con gravedad el padre Guitrel—que si un obispo le pidiera para usted el botón de su equipo, el señor de Brecé no se atreviese á negarlo.

IV

Aquella noche el señor Bergeret había llevado á cabo grandes trabajos; sentíase fatigoso. Daba su acostumbrado paseo por la ciudad en compañía del señor Goubin, su discípulo predilecto después de la traición del señor Roux, y pensando en las tareas realizadas se preguntaba, como tantos otros, qué fruto recoge el hombre de su trabajo.

El señor Goubin, interrogándole, le dijo:

—Maestro, ¿piensa usted que Pablo-Luis Courier sea un buen asunto de tesis doctoral?

El señor Bergeret nada respondió. Y al pasar por la papelería de la señora Fusellier, se detuvo delante del escaparate, donde los modelos de dibujo estaban expuestos á la luz del gas, y miró con interés el Hércules Farnesio que mostraba sus músculos entre aquella estampería escolar.

—Me resulta simpático—dijo el señor Bergeret.

—¿Quién?—preguntó el señor Goubin, limpiando los cristales de sus anteojos.

—Ese Hércules—contestó el señor Bergeret—.